

VI

EL PRÍNCIPE NAPOLEÓN EN ALEMANIA

En 1857 Napoleón III se esforzaba por conciliarse las simpatías de Rusia, Prusia y los Estados secundarios de Alemania, á los que quería apartar de Austria para el día en que tuviera que combatir á esta potencia y hacer la guerra en Italia. A este fin envió oficialmente al príncipe Napoleón á Berlín y á Dresde, en los mismos momentos en que el gran duque Constantino y el rey de Baviera recibían en la corte de las Tullerías una acogida brillante y fastuosa.

Tan luego como salió de Francia el príncipe Napoleón adoptó una actitud irreprochable. Absteniéndose de sus acostumbrados discursos paradójicos, de sus teorías aventuradas, dejó á un lado sus procederes de demagogo ó de tribuno. El antiguo individuo de la extrema derecha desaparecía, quedando sólo el gran señor, la alteza imperial, el hijo y nieto de reyes. En todas las cortes extranjeras donde se presentó durante el reinado de su primo, su éxito fué completo.

Salió de París el 7 de mayo de 1857 y llegó el mismo día á Colonia. En Magdeburgo abandonó el estricto incógnito hasta allí observado: la recepción que se le hizo en esta ciudad fué espléndida. Allí le aguardaban el general de Brandt y el mayor de Treskow, adscritos á su persona durante su residencia en Prusia; el primero había servido con distinción en España en los ejércitos de Napoleón I; el segundo había hecho muchas campañas en Argelia con las tropas francesas.

El príncipe llegó á Berlín el 8 de mayo, siendo recibido en la estación del ferrocarril por el príncipe Jorge de Prusia, los príncipes Augusto y Guillermo de Wurtemberg, el príncipe Guillermo de Baden, el marqués de Moustier, ministro de Francia, y el personal de la legación. Al dirigirse al palacio real, fué acogido á su paso con respetuosa simpatía por la muchedumbre que llenaba la vía pública. Con arreglo al programa, el rey Federico Guillermo IV debía llegar á las siete de la noche de Charlottenburgo á Berlín para esperar la visita de su huésped. Mas por una lisonjera exención de la etiqueta, el rey, anticipándose al primo de Napoleón III, vino á sorprenderle y pasó con él un cuarto de hora. El príncipe francés devolvió inmediatamente la visita y fué presentado por el rey á la reina y á las princesas de la familia real.

A las ocho y media de la noche Federico Guillermo IV se presentó en su



FEDERICO GUILLERMO IV, REY DE PRUSIA

palco de la Opera, teniendo á su derecha al príncipe Napoleón, y en cierto modo lo presentó al escogido público que llenaba el teatro.

Al otro día, 9 de mayo, el monarca pasó una revista de la guardia en el paseo de los Tilos, en honor de su huésped, cediendo al príncipe la izquierda, es decir, el lado de la tropa. Hacía un tiempo magnífico y un enorme gentío no cesaba de prorrumper en aclamaciones.

A las cuatro el rey ofreció al príncipe un banquete militar al que estaban convidados todos los generales y todos los oficiales superiores. El servicio de honor era magnífico. Los grandes dignatarios de la corona desempeñaban las funciones de su cargo, y los alumnos de la escuela de cadetes, vestidos con el traje tradicional de los pajes, servían á los príncipes y princesas. A los postres, el rey brindó por el príncipe francés, añadiendo: «Deseo que la ilustre familia á que pertenece mi huésped haga largo tiempo la felicidad de Francia y que esta gran nación sea siempre amiga de Prusia.» Por la noche toda la corte asistió á la representación de *Hernán Cortés* en la Opera.

El domingo 10 de mayo, el príncipe Napoleón oyó misa en la iglesia católica, donde le aguardaba el gran maestro de ceremonias. En seguida recibió en palacio al cuerpo diplomático y al ilustre sabio el barón de Humboldt, á quien demostró la mayor deferencia. Por la noche hubo banquete de gala en el palacio real de Charlottenburgo; el príncipe ostentaba la gran cruz del Aguila negra que S. M. le había entregado aquel día. Habría deseado terminar la velada en sus habitaciones, pero se le insinuó que sería una decepción para la sociedad berlinesa, toda la cual había acudido á la Opera con esperanza de verle. Cedió de buen grado, y fué al teatro, donde se representaba el baile *Saltarella*, acompañado del príncipe de Prusia, el futuro emperador Guillermo.

El 11 de mayo, el príncipe Napoleón fué á Potsdam. La guarnición, á las órdenes del príncipe Federico Carlos, estaba formada en el patio grande. El príncipe francés fué á inclinarse ante la tumba del Gran Federico. El hombre que le guardaba había conocido al héroe prusiano; él fué quien destapó el sepulcro á presencia de Napoleón I en 1806 y quien en 1857 acompañó á verlo al sobrino del vencedor de Jena, del vencido de Waterloo. El príncipe pasó en seguida á Sans-Souci, á la cámara en que Federico el Grande exhaló el postrer suspiro y que se conserva religiosamente en el estado en que se encontraba en el momento de su muerte. En Château-Neuf, la princesa hizo enseñar el gabinete de trabajo del grande hombre, sus mapas militares, sus libros, todos franceses, sus autógrafos y sus poesías, anotadas por Voltaire. Al regresar á Berlín, toda la población parecía haberse echado á la calle; las inmediaciones del ferrocarril y del palacio estaban atestadas de gente. El príncipe, de gran uniforme, pasó por entre la multitud en carretela descubierta y entre grandes aclamaciones. Los ancianos que habían visto la entrada de Napoleón I en Berlín estaban sorprendidos de la semejanza que existía entre el rostro del tío y el del sobrino.

Por la noche hubo en la legación de Francia un baile al que asistió el rey con toda su familia.

El futuro emperador Guillermo demostraba al primo de Napoleón III las mayores atenciones. Le hizo, por decirlo así, los honores del ejército prusiano durante las maniobras, que no duraron menos de cuatro horas, y pareció muy



Guillermo de Humboldt.

satisfecho cuando el príncipe le entregó el 13 de mayo, en nombre del emperador de los franceses, la gran cruz de la Legión de Honor.

El marqués de Moustier escribía al conde Walewski: «El príncipe de Prusia ha recibido la gran cruz de la Legión de Honor con muestras inequívocas de sincera satisfacción. Así como el rey, ostentaba las insignias de esa orden en el banquete que ha dado á S. A. I., y en el momento en que me he despedido de él se ha dignado dirigirme las palabras más halagüeñas acerca del placer con que había asistido á mi baile y con que me había recibido en su morada, felicitándose de las afortunadas circunstancias que le habían permitido prescindir en ello de la etiqueta sobrado severa de la corte.»

El príncipe Napoleón salió de Berlín el 14 de mayo, después de entregar al barón de Humboldt la cruz de gran oficial de la Legión de Honor. El príncipe y el rey se despidieron con la mayor cordialidad.

El marqués de Moustier se expresaba de este modo en un despacho dirigido el 15 de mayo al conde Walewski: «La impresión que el príncipe Napoleón ha dejado aquí es sumamente favorable, y en cada uno de sus pasos ha demostrado tal tacto y mesura, tan gran conocimiento de la corte de Prusia, que habrían desarmado todas las malevolencias si éstas hubieran podido darse á conocer en presencia de las manifestaciones de la familia real. La *Gaceta de la Cruz* no ha encontrado nada que objetar, y en un artículo que ha causado sensación ha hecho una justicia tardía, pero brillante, á la cordura y habilidad de la política del emperador y á la elevada posición que le ha proporcionado en Turquía. Solamente se ha empeñado en probar que el viaje del príncipe, de pura cortesía, no tenía ninguna importancia política. La *Correspondencia prusiana* se ha apresurado á refutarlo.»

El príncipe Napoleón pasó de Berlín á Dresde, donde la corte de Sajonia le tributó una acogida tan brillante como la de Prusia. El soberano sajón era á la sazón el rey Juan, monarca muy erudito, muy ilustrado, autor de una hermosa traducción alemana de la *Divina Comedia* del Dante y casado con la princesa Amelia de Baviera. El príncipe Napoleón agradó mucho en Dresde. El 15 de mayo visitó el campo de batalla, próximo á la ciudad, con el príncipe real, sobrino del fiel aliado de Napoleón I. Pasó la velada en la morada de la reina viuda, con la reinante y la archiduquesa Sofía, madre del emperador de Austria. El 16 fué á felicitar al rey á Pilnitz con motivo de su fiesta, y luego pasó con el soberano á Moritzburgo, residencia de caza situada á tres leguas de Dresde y construída en medio del bosque, en los sitios más pintorescos, por el elector Augusto, rey de Polonia. Después de una comida servida á los sonos de las trompas de caza, los comensales se encaminaron á un claro del bosque, donde se disfrutó de un espectáculo singular: el de algunas manadas de ciervos, gamos y jabalíes que desde todos sus escondites del bosque acudían en libertad á buscar el alimento que se les distribuía diariamente á una hora fija.

El 17 de mayo el príncipe oyó misa en la iglesia católica. La casa real de Sajonia profesa la religión católica. La música de la capilla del rey es admirable. El príncipe recibió durante el día al Cuerpo diplomático y á los sajones caballeros de la Legión de Honor que habían servido en los ejércitos de Napoleón I. Por la noche comió con el barón de Forth-Rouen, ministro de Francia. El 18 de mayo visitó el campo de batalla de Lutzen, y por la noche cenó en la legación de Francia, en compañía de M. de Beust, que había sido presidente del Consejo de ministros de Sajonia y pasó algunos años después al servicio de Austria, donde llegó á ser canciller del Imperio. El 19 de mayo salió de Dresde y el 24 estaba de regreso en París.

La acogida que los alemanes acababan de dispensar al sobrino de Napoleón I probaba que podía existir un acuerdo entre ellos y los franceses. La Alemania sintió hacia el emperador una mezcla de cariño y odio. Fué domada, fascinada, entusiasmada por él, antes de sacudir su yugo. Una figura tan colosal, tan poé-

tica, tan maravillosa como la del conquistador había impresionado profundamente todas las imaginaciones germánicas.

El había sido el protector de la Confederación del Rhin.

El había ceñido la corona real á las sienes de los electores de Baviera, de Wurtemberg y de Sajonia.

El había descargado los golpes más formidables al feudalismo prusiano.

El había sido, quizás sin darse cuenta de ello, uno de los principales promotores de la unidad alemana.

Antes de combatir á Napoleón, los alemanes habían servido gloriosamente bajo sus banderas y tomado parte en casi todas las victorias del grande hombre. Por eso recordaban con orgullo la epopeya napoleónica, y todos cuantos habían pertenecido á los ejércitos del emperador se habían apresurado á reclamar, para ostentarla arrogantemente en su pecho, la medalla de Santa Elena, instituída por Napoleón III.

Entre el segundo emperador y los soberanos alemanes mediaba más de un vínculo de familia. El príncipe Eugenio de Beauharnais, hermano de la reina Hortensia, se había casado con la hija del primer rey de Baviera. La gran duquesa viuda de Baden era una Beauharnais, hija adoptiva de Napoleón I. Jerónimo Bonaparte, el ex rey de Westfalia, era viudo de una hija del primer rey de Wurtemberg.

¿Era imposible una reconciliación definitiva, un acuerdo sincero entre la Francia imperial y Alemania? No lo creemos. ¿Qué se hubiera necesitado para conseguir un resultado tan apetecible para los intereses generales de la civilización? Que Napoleón III, fiel al principio de las nacionalidades, declarase de una manera categórica y solemne que estaba irrevocablemente decidido á no disputar á Alemania la posesión de las provincias renanas, países esencialmente alemanes. También habría debido dar prendas á los Estados secundarios. Pero se ocupó demasiado de Prusia, donde no halló más que decepciones, y muy poco de Baviera, de Sajonia, de la Hesse gran ducal, cuyos hombres de Estado habrían aceptado con gratitud los estímulos y el apoyo moral de Francia, para resistir la política ambiciosa é invasora de Prusia. Napoleón III cometió la gran falta de desdeñar á esos pequeños Estados, que con el tiempo debían serle tan funestos, y á los que fácilmente hubiera podido atraerse, si les hubiese persuadido de su deseo de respetar sus territorios y defender en caso necesario sus derechos. Por desgracia, en lugar de seguir esta política, que habría merecido todas las simpatías de la corte de Rusia, dejó que pesaran sobre sus intenciones sospechas y malas inteligencias que sus enemigos explotaron y que acabaron por hacer posible una alianza inverosímil entre la Prusia y los pequeños Estados alemanes, objeto de sus codicias.

En 1857, nadie suponía aún semejante eventualidad. A su regreso á Francia, el príncipe Napoleón habló largamente al emperador de su viaje á Berlín y á Dresde. Ambos estaban igualmente satisfechos: ambos conocían á fondo y

estimaban á Alemania, cuya lengua hablaban tan bien como el francés y en donde en parte se educaron. Ambos creían que el Rhin podía correr pacíficamente entre pueblos cuya mutua prosperidad sería una prenda de concordia y de progreso para el mundo entero.

Hay que hacer al príncipe Napoleón la justicia de afirmar que siempre se mostró opuesto á la idea de una ruptura entre Francia y Alemania, y si hubiera estado en París en 1870, quizás no se habría declarado la guerra.

En cuanto á Napoleón III, si en 1857 se proponía combatir á Austria para hacer que Italia fuese libre desde los Alpes hasta el Adriático, se puede asegurar que no le pasó por las mientes la idea de una guerra contra Prusia y los Estados secundarios de Alemania. La fatalidad fué la que le arrastró á ella trece años después.

VII

LA SITUACIÓN INTERIOR

La situación interior de Francia era casi la misma en 1857 que al principio del segundo Imperio. Aun cuando los antiguos partidos estaban reducidos á la impotencia, habían conservado sus convicciones y habíanse logrado pocas adhesiones, pero la gran mayoría del país continuaba fiel á Napoleón III. La alianza del gobierno y del clero seguía siendo íntima. El emperador se guardaba de dejar presentir sus proyectos respecto á los italianos. Los intereses generales no sufrían menoscabo, y á excepción de unas cuantas personas más perspicaces que las demás, nadie preveía las aventuras y las complicaciones del porvenir.

Todos los republicanos honrados desaprobaban los manejos criminales de Mazzini y de sus adeptos. Se recogían, y sin fomentar ningún disturbio, aguardaban los acontecimientos.

El partido legitimista permanecía inmóvil en la majestad de sus principios. El conde de Chambord había cometido la falta de prohibir á todos los legitimistas el juramento al Imperio y de apartarlos así de la vida política en la que habrían podido adquirir experiencia y prepararse un papel importante. Nadie podía explicarse por qué el príncipe que había permitido á sus partidarios prestar juramento á Luis Felipe, les prohibió que lo prestaran á Napoleón III, y cerrándoles así el acceso á todo cargo público y á todo mandato legislativo, los convirtió, por decirlo así, en emigrados en el interior. Esta desacertada decisión anuló el partido legitimista, si no desde el punto de vista social, al menos desde el político.

Fuera de esto, hasta que estalló la guerra de Italia, el conde de Chambord no criticaba las ideas del emperador, que habrían sido poco más ó menos las suyas si hubiera reinado. Gustábale la Constitución de 1852, y la habría aplicado de buen grado á la sombra de la bandera blanca. Decía que estaba decidido á mantener el sufragio universal, y no le parecía mal ver que en Francia regía una ley de imprenta más severa que la que había sido, si no causa, por lo menos pretexto de la revolución de 1830.

Añadamos que el abandono de los proyectos de fusión entre las ramas mayor y menor de los Borbones había introducido la discordia en el conjunto del partido realista, dividido contra sí mismo. La duquesa de Orleans no se creía

autorizada á comprometer el porvenir de su hijo. Legitimistas y orleanistas conservaban su fe política y sus tendencias distintas.

El respeto al parlamentarismo subsistía principalmente entre los antiguos servidores del rey Luis Felipe, y como decía el duque Víctor de Broglie, «echaban de menos esas instituciones generosas, obra y orgullo de sus mejores años.»

La Academia Francesa era el punto de reunión de una oposición inteligente que conservaba, por decirlo así, un carácter puramente académico y de la cual hubiera hecho mal el gobierno en alarmarse. El 5 de abril de 1856 se había verificado la recepción del duque de Broglie en reemplazo del conde de Saint-Aulaire, uno de los mejores diplomáticos de la monarquía de Julio. El duque aprovechó esta ocasión para hacer un elocuente elogio de Luis Felipe, expresándose de este modo: «Honrado por espacio de tantos años, no diré con su amistad, pero sí con sus bondades; llamado muchas veces á sus consejos, conservando á su memoria una fidelidad inútil y sin mérito á mi edad, aguardo con confianza el juicio que hará la historia; la historia dirá si los diez y ocho años de paz que nos ha dado han sido en detrimento del honor y de los intereses del país; si su cordura y prudencia no han entrado por algo en la prosperidad cuyos frutos cosechamos á manos llenas; si el ejército que formó se ha mostrado digno de Francia; si sus hijos se han mostrado dignos de este ejército.»

El 26 de marzo de 1857 tuvo lugar la recepción del conde de Falloux que reemplazaba al conde Molé y que encomió con justicia á este gran ministro del rey Luis Felipe.

Napoleón III tuvo el buen sentido de no llevar á mal los homenajes tributados á su predecesor. Cuando el duque de Broglie, en su calidad de nuevo académico, fué á las Tullerías á hacer su visita oficial, el monarca le recibió con su acostumbrada afabilidad y le dijo: «Deseo, señor duque, que vuestro nieto hable del 2 de diciembre como vos habéis hablado del 18 brumario.»

Por desgracia, los periódicos imperialistas tenían menos tacto que el emperador. M. de la Gorce ha dicho con razón: «Napoleón III hablaba mejor que sus agentes, mejor que sus ministros y sobre todo mejor que sus aduladores.» Los periódicos oficiales y semioficiales alababan sin reserva, sin distinción, todos los actos de la autoridad, y atacaban inútilmente en su pasado y en sus presuntas tendencias á los antiguos partidos.

La prensa, á la que se llamaba cuarto poder del Estado, en la época en que se contaban en el Estado tres poderes oficialmente reconocidos, no ejercía más que una misión secundaria desde el régimen de 1852. Los periódicos, no siendo ya órganos fieles de los partidos, podían á lo sumo recoger tímidamente y reproducir con frases veladas los ecos debilitados de la opinión, de la que pretendían ser representantes. Sin embargo, algunos de ellos, á pesar de las trabas puestas á la libertad de escribir, conservaban un prestigio real, y el estilo cortés y mesurado de sus artículos no perjudicaba al talento de sus redactores.

Tal era la situación general cuando, al cabo de cinco años, el gobierno sa-

lido del golpe de Estado y del plebiscito hizo un nuevo llamamiento al sufragio popular. En 1857 debía efectuarse la renovación del Cuerpo legislativo. El *Moniteur* del 12 de junio felicitaba á la Cámara cuyos poderes acababan de expirar, por no haber transformado la tribuna en pedestal para el interés ó la ambición, ni deliberado dejándose llevar de las pasiones políticas, ni improvisado esas enmiendas que en otro tiempo perturbaban toda la economía de las leyes. La votación para la nueva Cámara debía verificarse los días 21 y 22 de junio. Poco



El duque de Broglie

trabajo le costó al gobierno triunfar casi en todas partes. La *Revista de Ambos Mundos* decía en su *Anuario* de 1857: «La nación, cansada de sus largas luchas, satisfecha del reposo de que gozaba hacía cinco años, orgullosa de la situación que le había creado en el exterior la guerra de Oriente, terminada con una paz honrosa, se dejaba llevar fácilmente por la corriente del Imperio.» Los prefectos ejercían en las masas dóciles una acción decisiva, y los candidatos gubernamentales no tenían competidores casi en ninguna parte. Los legitimistas no se presentaban porque el conde de Chambord les había prohibido que prestaran juramento al emperador. Los orleanistas conocían que aún no había llegado su hora, y los republicanos no podían tener probabilidades de éxito más que en las grandes ciudades. En provincias sólo resultaron elegidos cuatro candidatos combatidos por el gobierno: MM. Curé, Henón, Plichón y Brame, y aun los dos últimos eran independientes y no hostiles. En París triunfaron cinco

republicanos, MM. Carnot y Goudchaux en el primer escrutinio, y el general Cavaignac, Emilio Ollivier y Alfredo Darimón en el segundo. Tal fué el germen de una oposición destinada á crecer sin cesar hasta llegar á ser formidable en pocos años.

El 16 de julio, en el momento en que terminaban en París las elecciones de empate, se supo que Beranger acababa de morir. La emperatriz se abstuvo aquella noche de ir al teatro. El emperador decidió pagar de su bolsillo particular las exequias del *poeta nacional*, las cuales se celebraron en la iglesia de Santa Isabel.

La agitación electoral no tuvo consecuencias. «Hoy que la lucha ha terminado, decía el *Moniteur*, y que una mayoría de más de cinco millones de votos ha patentizado los sentimientos del país, se debe poner fin á unas discusiones que en adelante no podían tener más objeto que agitar inútilmente los ánimos.» La prensa se calló y todo volvió á su orden acostumbrado.

Argelia estaba pacificada como Francia. A consecuencia de una expedición hábilmente dirigida por el mariscal Ranelón, la Kabilia se había sometido y los árabes obedecían tan dócilmente á Napoleón III como los franceses. Los imperialistas no cesaban de repetir que el Imperio era inquebrantable.

VIII

LA CUESTIÓN DE LOS PRINCIPADOS

En punto á política exterior, las ideas de concordia y de pacificación universales que parecían haber prevaecido en el Congreso de París, no presidían ya en las relaciones de las potencias. El tablero diplomático estaba completamente trastornado. Iba formándose un sistema de alianzas absolutamente inesperado. La nueva agrupación de las potencias era el antípoda de lo que había sido durante la guerra de Crimea. Con gran sorpresa de los diplomáticos de profesión, Europa se encontraba de pronto dividida en dos campos: por una parte Inglaterra, Austria y Turquía; por otra Francia, Rusia, Prusia y Cerdeña. La cuestión de los Principados danubianos era la causa de cambio tan brusco.

Luis Thouvenel, en una obra curiosa y substancial, cuyos elementos sacó de los papeles inéditos de su ilustre padre, ha trazado con rara precisión todas las fases y todos los detalles del debate. Esta obra lleva por título: *Tres años de la cuestión de Oriente*, 1856-1859. El autor ha comprendido muy bien la importancia de este asunto de los Principados en virtud del cual Napoleón III dejó adivinar todo el programa de su política exterior, y que fué, por decirlo así, el prólogo de la guerra de Italia. Luis Thouvenel lo ha dicho con mucha razón: «Jamás se ha sabido á punto fijo hasta qué punto ha servido la cuestión de los Principados danubianos para originar y mantener la tirantez entre los dos gabinetes de París y Viena. Para nosotros la lucha de 1859 empezó ya en 1857. En política, como en amor, no hay peores enemigos que los amigos decaídos de la víspera.»

Durante el Congreso de París, los plenipotenciarios franceses habían propuesto la reunión de los dos principados de Moldavia y de Valaquia en uno solo bajo la autoridad de un príncipe extranjero y la soberanía de la Puerta. Como esta combinación suscitara las más vivas objeciones por parte de Turquía y de Austria, no se quiso comprometer la obra impacientemente esperada de la paz general, se aplazó la solución de una cuestión que daba lugar á tan graves controversias y se decidió que una comisión europea pasara á los Principados para recoger los votos de las poblaciones.

Napoleón III veía en semejante combinación el modo de poner en vigor sus dos ideas favoritas: el principio de las nacionalidades y el derecho de los pueblos á disponer de su suerte. Sosteniendo esta tesis, iba ensayándose por